

EMPLEADAS FILIPINAS. SALARIOS MODERADOS.

Ha llegado directamente desde el aeropuerto con una maleta nueva arrastrando de su mano. El taxista la estaba esperando a la salida de su vuelo enseñando una cartulina con su nombre escrito. El suyo y el de otras tres chicas que venían en el mismo avión. Antes de entrar en el local ha visto el letrero. *Empleadas filipinas. Salarios moderados.* En el anuncio al que ella se presentó en Manila decía *altísimos salarios*. No es una confusión del idioma. Ella habla castellano a la perfección. El taxista las ha dejado en la puerta y al entrar las ha recibido un espacio extraño y aséptico. Las paredes y los techos altos son blancos. Enfrente de la entrada hay un reluciente mostrador del mismo color. En una esquina dos sillones y un sofá, todos blancos. Y entre ellos una mesa baja. Blanca. Detrás un macetero de mimbre con una planta esplendorosa. Su verdor luminoso tiene un extraño efecto entre tanta blancura. Pero ellas no se detienen ahí. Ni siquiera rozan los impolutos y mullidos asientos.

Ayer salió de casa con la ropa que compró a propósito para el viaje. Al mirarse en el espejo de su cuarto de baño se vio elegante y moderna. Hoy, la puerta acristalada del fondo, le devuelve otra imagen completamente diferente. Se siente una mancha humana afeando la estancia que la rodea.

Dirigidas por la mujer que ha salido desde detrás del mostrador al verlas llegar, pasan a otra habitación más pequeña y más acorde con la imagen que tiene ahora de sí misma. Sofá de piel sintética. Sillas plegables. Mesa baja marrón con desconchones en las esquinas. Se sienta en el sofá y al apoyarse se hunde en una postura extraña que hace que sus rodillas queden ridículamente a la altura de su pecho. Intenta disimular su incomodidad tapándose con el bolso que se ha colocado sobre las piernas. Tendrán que esperar aquí. Las entrevistas comenzarán en una hora aproximadamente. *Cuando lleguen las señoras*, dice la mujer que las ha acompañado. No les pregunta qué tal el viaje. Ni si tienen hambre o quieren beber algo. Ve como las otras

chicas asienten solícitas a todo lo que van oyendo. Ella tiene ganas de ir al baño pero no se atreve a ser la primera en abrir la boca. Piensa en que cuando vuelva del baño no volverá a sentarse en ese sillón terriblemente incómodo.

Después de un rato sin hacer nada más que levantar ligeramente la vista de vez en cuando para mirar a su alrededor, oyen como la puerta de la calle se abre y entra una pareja. Las llaman una por una. Cuando llega su turno toma impulso para incorporarse desde el asiento y siente sus ganas de orinar apretándole la vejiga. No ha preguntado antes por el lavabo y ahora no es un buen momento para hacerlo. Mientras se levanta escucha a la mujer explicando que ha venido por la recomendación de una amiga. *Ella tiene una filipina y son muy monas, ¿verdad? Yo no me decidía a tener una chica interna porque no encontraba una que me gustase del todo, pero con su filipina quedé encantada.* La mujer no se calla cuando ella traspasa la puerta pensando en la expresión “ser muy mona”. No la había oído antes y se la anota mentalmente. *Otra amiga tiene una interna peruana, pero es tan lenta. Y bajita. Las sudamericanas tienen un tipo muy feo, ¿no? Así que aquí estoy, encantada con la idea de llevarme a una filipina. Ojalá habría venido antes.*

De pie y con las manos enlazadas, porque no sabe qué hacer con ellas, bascula su peso de una pierna a otra. Intenta disimular el azoramiento que siente y piensa en que ha dicho *habría* pero es *hubiera*. *Hubiera* o *hubiese*. Pretérito imperfecto de subjuntivo del verbo haber. *Habría*, condicional simple de indicativo. Cinco años estudiando filología hispánica para trabajar limpiando la casa de una mujer que no sabe usar los tiempos verbales en su propio idioma.

Pero baja la vista y responde *si señora* cada vez que se dirigen a ella. Nadie la ha invitado a sentarse, así que sigue de pie contestando a sus preguntas. Ve a la pareja desde una perspectiva extraña. Sus cuellos, estirados, alargando hacia ella sus cabezas. Como dos pájaros en el nido. La idea de que es no es capaz de sentirse a la altura adecuada irrumpe en su mente y

le hace gracia aunque evita reírse. Primero hundida en el sofá y ahora escuchando a aquellos desagradables extraños desde las alturas.

Cuando terminan con las preguntas la señora dice que no tiene dudas y que quiere *llevarse a ésta*. No quiere entrevistar a nadie más. El que parece su marido no dice nada y la mujer de la agencia dice que cree muy acertada su decisión. A ella nadie la pregunta si está de acuerdo y no entiende en que se basa la mujer para decir que la elección es la acertada. Acaban de verse por primera vez hace apenas media hora y ella no ha dicho más de cinco palabras seguidas. Pero se limita a decir *gracias señora* y se guarda para sí todas esas reflexiones que podría verbalizar en su perfecto castellano dejando a todos con la boca abierta pero también dejándola a ella sin un trabajo.

La que será su habitación es ridículamente pequeña teniendo en cuenta las dimensiones del resto de la vivienda. En cuando han llegado el hombre las ha dejado solas y la mujer la ha conducido a un frenético recorrido por la casa sin parar de parlotear. Piensa que le recuerda a uno de los pavos que su madre perseguía por el corral con el cuchillo en la mano. Imagina al pavo abriendo el pico, dejando salir la desagradable voz de esa mujer mientras huye, y como el cuchillo de su madre cercena de un solo tajo su cuello y la verborrea incontenible.

De momento se ocupará de la limpieza. *Aunque todo parezca limpio la suciedad se acumula espantosamente rápido, así que tendrás que aspirar y fregar los suelos diariamente. También sacudir las alfombras y limpiar los baños y la cocina. Semanalmente cristales, porche y piscina. De tener a punto el jardín se encarga el señor Roberto. De la cocina se ocupa Azucena, pero quiero que la ayudes y aprendas, por si algún día necesito que te encargues de eso también. Por las tardes cosillas ligeras. Colada, plancha y tareas puntuales de las que te iré informando.*

La mujer habla tan rápido que tiene dificultades para entender todo lo que dice. No se detiene ni le pregunta si está comprendiendo sus palabras. Piensa que quizás a esa mujer no le

interesa si ella la entiende o no. Finalmente la deja en la cocina para que Azucena sea quien le dé instrucciones concretas. *Hablar, hablar, que así os vais conociendo*, dice dándoles la espalda y saliendo de la cocina.

Azucena es baja y bastante gorda. Una oronda barriga se intuye debajo de la bata de diminutos cuadros blancos y azules. Mientras habla se mete comida en la boca en varias ocasiones. Un pellizco de pan, un bocado de pollo que saca de la cazuela directamente con los dedos. Le parece terriblemente maleducada y se sorprende de que sea una persona de confianza para la mujer que la ha contratado. Azucena también habla mucho y rápido. De repente se da cuenta de que siente asco por ella y aparta la mirada de su cara fingiendo que se interesa por la ubicación de los cacharros de la cocina. Pero no le interesan. Ni los cacharros, ni aprender a cocinar, ni las *cosillas ligeras* que tiene que hacer por las tardes. A ella le interés el doctorado en Literatura Hispánica de la Universidad Complutense de Madrid. Lo que a ella le interesa más que nada en el mundo en este preciso instante es salir de esa casa y rodearse de personas que no confundan el infinitivo con el imperativo. *Hablad, se dice hablad*. Hubiese querido gritar cuando esa mujer se daba la vuelta para dejarlas solas.

Los días trascurren en un tedio insoportable. El trabajo no es pesado pero no tiene ni un momento para sí misma. Se siente terriblemente cansada. Irascible. La señora sólo se dirige a ella para indicarle como ubicar correctamente los marcos de las fotografías que hay sobre el mármol de la chimenea después de limpiar el polvo, cómo doblar las toallas para colgarlas en el baño, cómo colocar los flecos de las alfombras cada vez que los vea revueltos. Hace un listado mental de *órdenes absurdas, ilógicas, incongruentes, disparatadas, irracionales y ridículas* e intenta convencerse de que no está perdiendo el tiempo alarmantemente mientras practica los sinónimos.

Los jueves las amigas de la señora vienen a merendar. Ese jueves, el primero que coincide con ellas, escucha a la señora repetir alegremente las palabras que ya le había escuchado en la

agencia. *Qué acierto con la filipina. Más mona que las sudamericanas. Ja. Ja. No parece muy espabilada pero la voy encauzando. Ja. Ja. Ja.* Cuando dice que es muy mona ella está entrando en el salón, y mientras cuenta que no es muy espabilada ella apoya la bandeja con las tazas sobre la mesa baja. Está claro que sabe que está allí delante pero no parece importarle que ella escuche lo que está diciendo. Asaltada por la rabia y la vergüenza se imagina levantando la bandeja con las dos manos y lanzando violentamente su contenido encima de la señora que está sentada en el sofá. Las tazas saliendo despedidas y el café caliente derramándose sobre el tapizado y los vestidos de las invitadas. Mujeres levantándose y dando grititos insoportables sin reparar todavía en qué la nueva empleada está loca de remate. Siente placer al imaginarse a la señora aturdida y mirando a su alrededor intentando articular unas palabras que no encuentra mientras las invitadas contemplan la escena horrorizadas. Se da la vuelta y vuelve a la cocina. Sentada en una silla intenta serenarse y sigue hojeando el diccionario que se ha comprado esta semana, con una parte de su primer *salario moderado*. Noventa y nueve con noventa y nueve euros. Unos seis mil pesos filipinos. Edición número veintitrés del diccionario de lengua española de la RAE. Tapa dura. Casi tres kilos y dos mil cuatrocientas páginas de palabras en castellano con sus correspondientes definiciones. Piensa que es la cosa más preciada que ha sido auténticamente suya. Acaricia la tapa y lo abre por una página al azar. *Anheló, deseo vehemente. Busca vehemente. Que tiene una fuerza impetuosa, ardiente y lleno de pasión, dicho de una persona que obra de forma irreflexiva dejándose llevar por los impulsos.*

Desde la tarde del jueves se siente terriblemente ansiosa. Camina por el pasillo y ve que los flecos de la alfombra están revueltos de nuevo. Se agacha y los coloca. Los nudos en los que acaban los hilos le recuerdan al nudo que lleva días instalado en su estómago. Necesita hacer algo que no identifica exactamente pero que tiene que ver con salir de allí y alejarse de esas personas. No las soporta. Se dice a sí misma que tiene que aguantar un poco más y ahorrar lo suficiente para poder matricularse en el doctorado. Junto con esos ahorros, la beca que ha

solicitado le permitirá vivir durante todo el curso académico. Con los gastos imprescindibles pero sin tener que trabajar. La voz de la señora la saca bruscamente de sus pensamientos. La llama desde la cocina. Grita que no alcanza no sé qué platos en los estantes de arriba. Grita que le lleve la banqueta del cuarto de baño. Va a cogerla y se dirige hacia allí. Cuando abre la puerta la ve subida de puntillas sobre su diccionario que está en el suelo. Con los zapatos puestos. Verdes, con tacones. La tapa del diccionario comienza a desplazarse hacia atrás. Deja de estar alineada con las hojas. El lomo se curva y aparece un espacio entre la cubierta dura y su interior. Donde antes las páginas estaban pulcramente pegadas. La mujer baja un pie y sonido suave pero desgarrador da fe de que el diccionario acaba de desgajarse completamente.

La voz sigue hablando de los platos pero ella no oye nada. La voz se acerca a cogerle la banqueta de las manos pero ella no oye nada. La voz suena desde más arriba, alzándose hacia el estante superior y ella se agacha a recoger el diccionario. Alza los casi tres kilos y dos mil cuatrocientas páginas de diccionario desgarrado. Lo levanta. Con las dos manos. Lo alza por encima de su cabeza y lo deja caer violentamente contra la cabeza de la mujer que intenta alcanzar los platos desde lo alto del taburete del baño. Casi tres kilos impactando sobre su cráneo. En un instante la inmovilidad y al siguiente el cuerpo cayendo pesadamente hacia atrás. El sonido sordo de la cabeza golpeándose contra el suelo. La sangre salpicando sobre las baldosas blancas. Después de golpear tres veces más a la mujer que está tirada frente a ella experimenta con el placer que le provoca el usar palabras recién aprendidas. *Estoy golpeando con demasiada vehemencia.* También piensa que la señora tenía razón. La suciedad se acumula espantosamente rápido. Así que deja el diccionario suavemente sobre la mesa y coge la bayeta de la fregadera para limpiar las gotas rojas que afean la blancura del suelo impoluto.

Matrioshka